

LOPE DE VEGA Y PORTUGAL

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS

Para Miguel Junquera.

LA fascinación que Portugal, y concretamente Lisboa, ejercieron sobre nuestros escritores del Siglo de Oro, se evidencia con la lectura de muchas de sus obras. No voy a enumerar aquí siquiera la serie de textos referentes al caso. Desde Cervantes, la figura máxima de las letras españolas, que sitúa en Portugal y Lisboa las andanzas de los protagonistas del *Persiles*, hasta cualquier escritor de último orden, en que se hallan alusiones a la dulzura del amor portugués o la moda de los búcaros portugueses, tan estimados entonces, todos se apasionan por diversos aspectos de Lusitania y admiran a sus literatos, principalmente la gran figura de Camoens y la epopeya grandiosa de sus *Lusiadas*.

Lope de Vega, «tan de veras español», como él decía, y, por lo tanto, tan compenetrado de todo lo grato a la España de su tiempo, no podía por menos de sentir también la atracción lusa.

Y no sólo en su obra, sino en su biografía, surgen a menudo, muy significativamente Portugal y sobre todo Lisboa, la bellísima ciudad cuya evocación le deleitaba.

Cuando Lope es un guapo mozo, abandona las doctas aulas de la Universidad de Salamanca —donde, sin duda, estudiaba—, y en 23 de junio de 1583, sale del puerto de Lisboa en la escuadra española, mandada por el glorioso don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz del Viso, para la conquista de la isla Terceira, única de las Azores que permanecía fiel al prior de Ocrato sin someterse al dominio de Felipe II.

Es fácil figurarse lo que aquel tremendo devorador de vidas femeninas —«monstruo de naturaleza», en este aspecto, antes que en el literario— haría por los barrios populares de Lisboa mientras se organizaba la partida de la flota. Por algo figuraba entre los «cincuenta aventureros, señores particulares», que se unieron a la empresa.

El poeta describió con viveza y detalles evocadores el hecho guerrero en su comedia *El galán escarmentado*, donde se admira del Tajo:

«*Del gran río de Lisboa.*»

Ante sus ojos asombrados de madrileño «en seco» aparecían los paisajes de ensueño de las Azores: San Miguel, Villafranca, Puerta Delgada, San Sebastián, Angra..., que cita con recuerdo imborrable.

Más tarde, cuando después de sus borrascosos amores con Elena Osorio y tras el rapto, y matrimonio con el poeta, de Isabel de Urbina, vuelve a Lisboa para incorporarse a la Gran Armada que iba contra Inglaterra en 1588.

Mientras llegaba el día 29 de mayo de dicho año, en que levó anclas la flota, Lope aprovecharía el tiempo recordando sus paseos amorosos por la vieja Lisboa, que aun no había sido estremecida por el fabuloso terremoto, ni embellecida, aún más, por el Marqués de Pombal.

Se confirman estas conjeturas, con respecto de estas dos estancias del poeta en la capital portuguesa, porque mucho después, en una carta íntima, donde habla de su segundo período lisboeta, re-

cuerda, como lo más digno de memoria, sus amores con una cortesana «alfaciña» —no siempre han de ser bailarinas españolas las mujeres fatales allí— a quien dió generosamente «unos escudillos, reliquias tristes que había sacado de Madrid». Bien es verdad que la tal dama del tusón aun anduvo más generosa con el apuesto madrileño, porque no los aceptó, afirmando con orgullo: «No me pago cuando me huelgo.» Buena respuesta que pudiera ponerse en boca de la protagonista de la graciosa comedia de Jean Paul Sartre *La putain respectueuse*, cuya dignidad no le permitía ciertas cosas.

Por cierto, que si ha de creerse a Montalbán, también iban con Lope su hermano Juan, a la sazón alférez, y, acaso, según datos posibles, su rival don Bela —Antonio Perrenot de Granvela— por quien le dejó Elena Osorio, y algunos de sus amigotes de la Corte: Luis de Vargas Manrique, Félix Arias Girón y sobre todo el bala perdida de Claudio Conde, a quien más adelante habría de liberar, contra la ley, de las torres de Serranos, en Valencia.

Al triste regreso de la desgraciada expedición, en que sólo llegaron, en desorden, algunos barcos hasta el cabo Mizén, en Irlanda, desembarcó en La Coruña el destrozado galeón *San Juan*, donde iba Lope, quien seguramente siguió por las costas portuguesas hasta Lisboa, para trasladarse en seguida desde esta ciudad a Madrid y Valencia, donde descansó algún tiempo de sus aventuras.

Después de esta última estancia en Lisboa, tan llena de recuerdos para el *Fénix*, diseminados en sus obras, no se sabe que el poeta volviera a Portugal, pero sí, en cambio, que su amor por él no disminuyó, y lo demostró a cada momento en sus relaciones con los más conocidos escritores portugueses, entre los que no debe olvidarse al famoso matemático Juan Bautista Labaña, de quien recibió lecciones en su juventud y cuya intimidad con el maestro llegaba a hacerle partícipe de sus inquietudes amorosas.

Sabido es el entusiasmo con que elogia Lope en su *Laurel del Apolo* a los más famosos escritores de Portugal, entre los que figuran varios amigos suyos, como Faría y Sousa, Antonio López de

Vega, Miguel de Silveira, etc., y la alabanza que dedica a Lisboa y a la nación lusitana :

*"Tendida en las riberas
Del mar de España dulcemente yace
La célebre Lisboa,
De las tierras iberas
La más ilustre y de más alta loa,
Que mira cuando nace
La luz pitonícida,
Alma del mundo y de los hombres vida.
Miño la lisonjea,
El Tajo la ennoblece,
El Duero la divide,
Mondego la pasea,
Toda nación la vive o la desea,
La India la enriquece,
Y el mar la trae cuanto quiere y pide.
Su gente belicosa
Pasó la Trapobana
Con impulso divino y fuerza humana,
Sujetando su mano poderosa
Los etíopes, rudos y abrasados;
Y viendo los remotos horizontes
De los cafres pintados,
Bárbaros lotofagos arrogantes,
Mares desnudos y vestidos montes..."*

Cuando algún escritor portugués solicitaba de Lope unos versos ensalzando el libro que publicaba, al uso de entonces, el poeta le complacía, aprovechando la ocasión para aludir al reino lusitano.

Así, al imprimir el doctor Gabriel Pereira su magnífico poema heroico *Ulisea Edificada*, Lope le dedicó un curioso soneto, poco

conocido, que no cita ni al erudito Garcia Peres, en que el *Fénix* alude a los míticos orígenes de Lisboa :

"Lisboa, por el griego edificada,
ya de ser fénix inmortal presume,
pues debe más a tu divina pluma,
docto Gabriel, que a su famosa espada..."

No es de extrañar que cuando Lope muere, colaboren en la *Fama Póstuma* que le dedica su discípulo Montalbán, una serie de poetas portugueses: Sor Violante do Ceo, Manuel de Gallejos, Bartolomé Vasconcelos de Acuña, Antonio Barbosa Bacelar, el Capitán Diego Gómez de Figueredo, Francisco Borges Pacheco, Fernán Pereira de Castro, doña Bitris de Gébora, el doctor Duarte de Silva, Francisco de Faría y Correa, doña Bernarda Ferreira de la Cerda, Francisco Saa de Meneses, Andrés Froes de Mancedo y otros, algunos de los cuales escriben sus loas en portugués.

Seguramente les impelían a este homenaje póstumo, no sólo la fama popularísima del poeta, sino también su amor a Lusitania, tantas veces demostrado en sus amistades y en las ediciones de sus obras, en muchas ocasiones impresas en Portugal.

Pero aparte de los pasajes citados, que podrían ampliarse con otros muchos, Lope dedicó varias de sus comedias a temas lusitanos: *El más galán portugués*, *duque de Braganza*, *El duque de Viseo*, *La tragedia del rey don Sebastián y bautismo del Príncipe de Marruecos*, *El Brasil restituído*, *Las Quinas de Portugal*, etcétera, etc., en las cuales abundan los elogios a Portugal, a Lisboa y al carácter, valentía y cortesía lusitanos.

Un largo e interesantísimo estudio podría escribirse —y no desisto de hacerlo algún día— sobre este aspecto de la obra de Lope de Vega, que aquí apenas he apuntado para despertar la curiosidad por él.

Si algún día se realiza, podrá verse cómo el más español de todos nuestros escritores, vibra en todo momento por ese Portugal hermano cada día más cerca de nuestros corazones hispánicos.